Judy Moody cambia de look

Megan McDonald

Ilustrado por Peter H. Reynolds

¡Bienvenida a la Judy Moody más mayor, la universitaria, la supermoderna!

Judy Moody está de muy mal humor por culpa de las mates. Va a tener que dar clases particulares.

Pero cuando Judy conoce a su profesora, una superasombrosa chica con *look* de artista, y prueba lo guay que es la vida universitaria, la mala *mat-i-tud* de Judy ¡se convertirá en *alegr-i-tud*!

Para Sofía y Emily
Megan McDonald

Para Beatrice Rose Scollan,
Desmond Patrick Scollan, y Beth
«Ginger Betty» Veneto
por su apoyo al trabajo
de restauración del Teatro de
la Comunidad de Dedham
Peter H. Reynolds

Quién es

Judy Moody

El castigo de la tutora.
La oveja negra del cuadro de honor.

Papá

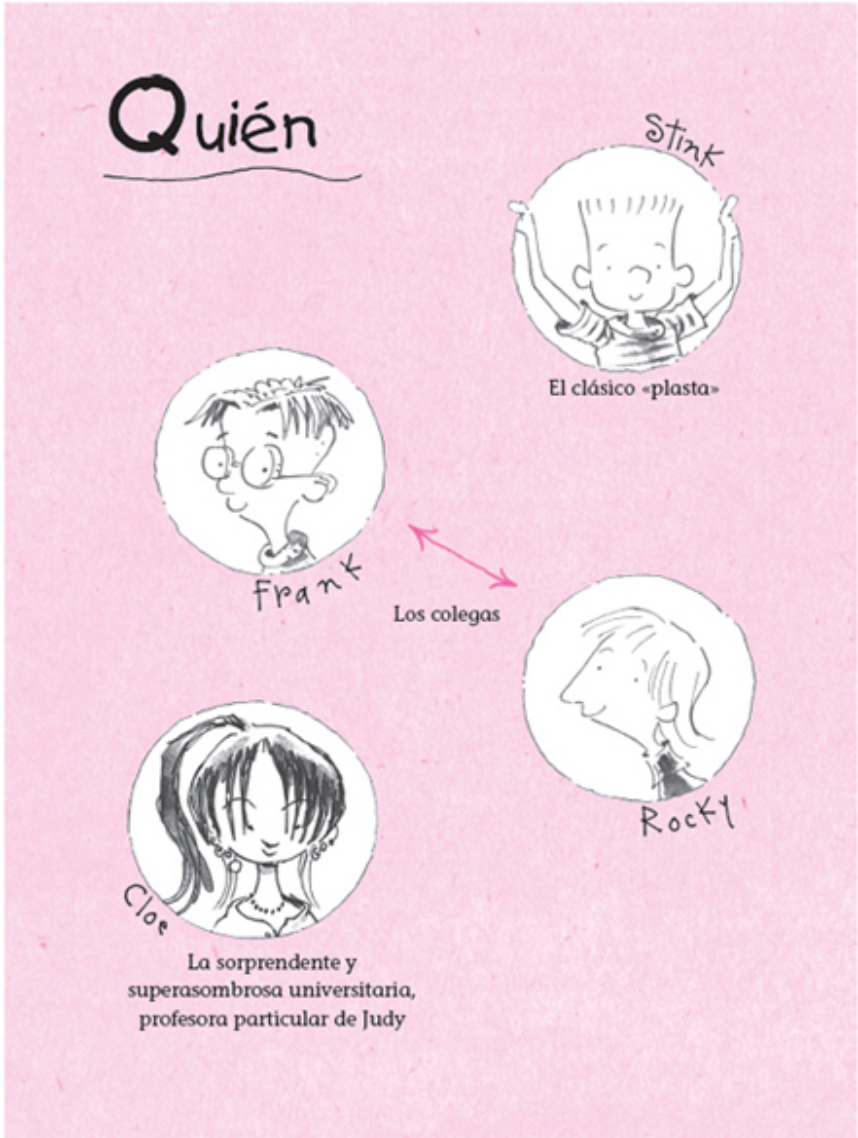
alias, Richard.
Mi viejo.

Mamá

alias, Kate.
La mitad de mis viejos.

Mouse

El Gato yogui
(de yoga, no de yogur)


Quién
Stink
El clásico «plasta»
Frank
Los colegas
Rocky
Cloe
La sorprendente y superasombrosa universitaria, profesora particular de Judy

Mat-i-tud

Cuando Judy Moody llegó al colegio el lunes se encontró con una profesora nueva. A la nueva profesora la llamaban *la Susti* (más por su cara de susto que por ser la sustituta). La nueva profesora se llamaba en realidad señora Gordon. Y había tres cosas que no encajaban: una, la señora Gordon no era gorda; dos, la señora Gordon, como era mujer, debería llamarse señora Gordan; tres, la señora Gordon no era el señor Todd.

Judy fue la primera en levantar la mano:

—¿Dónde está el señor Todd?

—Seguro que el señor Todd os contó el viernes que iba a una reunión de profesores.

—Yo no vine el viernes —dijo Judy.

—Ha ido a aprender a ser un profesor mejor —intervino Jessica Finch.

—Pero el señor Todd ya es un profesor estupendo —observó Judy.

—A lo mejor le van a dar un premio por ser buen profesor —apuntó Rocky.

—¿Dónde ha ido y cuándo volverá? —quiso saber Judy.

Los demás empezaron también a hacer preguntas:

—¿Nos va a leer *Catwings* y *La vuelta de Catwings*?

—¿Nos va a llevar de paseo al campo? El señor Todd siempre nos lleva a dar paseos por el campo.

—¿Somos todavía la clase Tercero T? ¿O ahora somos Tercero G?

—El señor Todd está en Bolonia, Italia —explicó la señora Gordon.

¡Pues, vaya! La vida no era justa. A Judy le gustaba la salsa boloñesa. A Judy le gustaba Italia, hasta sabía un baile de Italia: la *tarantela*. El señor Todd probablemente estaría ahora mismo en Bolonia, bailando como una tarántula, mientras ellos estaban allí encerrados, aprendiendo aburridas y viejas tablas de multiplicar.

A Judy Moody no le gustaba tercero, ya fuese Tercero T o Tercero G, si no estaba el señor Todd.

La nueva profesora de Judy Moody venía de Nueva Inglanterra y no hablaba como el señor Todd. Hablaba de una forma muy graciosa, pronunciando mucho las erres. La nueva profesora de Judy Moody no llevaba gafas *fashion* como el señor Todd. Las llevaba colgadas del cuello con una cadena. Tampoco olía como el señor Todd. Olía como si se bañase en agua estancada.

La nueva profesora de Judy Moody plantó una tienda de campaña al fondo de la clase con un cartel que decía: «TIENDA DE REFLEXIONAR». Judy se preguntó qué actitud debería adoptar para entrar en ella e ir de excursión.

Para colmo la nueva profesora de Judy Moody era aficionada a las chuches. Repartía caramelos entre sus alumnos por buen comportamiento, menos a Judy que mostraba una actitud negativa. Incluso daba caramelos por cada respuesta acertada de matemáticas. Pronto la clase entera iba a tener mate-caries. Todos, excepto Judy.

Aquel día la señora Gordon hablaba de medidas: litros, decilitros y mililitros. Intentaba que las matemáticas fueran «mogollón» de divertidas. Judy, por una vez, no atendía, no le interesaban ni medio litro los centilitros.

«La señora Gordon lleva diez litros de perfume». «La señora Gordon ha repartido veinte mililitros de caramelos».

En vez de escuchar, Judy jugaba con su reloj. Su nuevo *reloj bailarín* último modelo azul pavo fluorescente resuelvedudas 5000, que predice el futuro y tiene salvapantallas.

Bla, bla, bla… continuaba la señora Gordon, garabateando cifras arriba y abajo. Judy «decidió» que escribir cifras no hacía que las matemáticas se entendieran mejor.

Judy apretó algunos botones de su reloj. Una lucecita parpadeó. Un botón dual daba la hora en dos países, de manera que una persona no tenía que llevar dos relojes.

Scrich, scrach, scrich, la señora Gordon escribió en la pizarra durante una mate-eternidad.

Judy apretó el gran botón verde con la interrogación. ¡Guay! Era como el juego de *La bola mágica*. Le preguntabas algo al reloj y te daba misteriosas contestaciones.

—*¿Es la señora Gordon mate-adicta?*

—Sí.

—*¿Me dará alguna vez un caramelo*?

—No sé.

—*¿Iré algún día a la universidad*?

—Tiene buena pinta.

—*¿Volverá el señor Todd*?

—Confuso.

—¡Judy! ¿Has oído la pregunta?

Judy no había escuchado la pregunta. Y por lo tanto no sabía la respuesta.

¿Era 77? ¿88? ¿99? ¿Eran litros, decilitros, metros, kilómetros, toneladas?

Judy soltó la primera respuesta que se le vino a la cabeza.

—¡Confuso!

Mami y pap-i-tud

Judy tuvo que llevar una nota a casa. Una nota de la profesora. Una nota que decía que necesitaba una atención especial. Una nota que indicaba que estaba un tanto confusa en matemáticas.

La primera parte de la nota era solo bla, bla, bla, así que Judy la rompió en dos y solo entregó a sus padres la parte buena. No la mala. Mamá y Papá la leyeron.

—¿Judy tiene problemas? ¡Estupendo! —comentó Stink.

—Pero solo medio problema —aseguró Judy.

—Judy, ¿qué ha pasado con el resto de la nota?

—La partí en dos —dijo Judy—. Como en una fracción. ¿Sabéis? Soy bastante buena en matemáticas. Fracciones y divisiones y todo eso.

—Venga —apremió Stink—. ¿Cuántas son ocho por doce?

—Y a ti que te importa —dijo Judy.

—¡Son noventa y seis! —respondió Stink.

—Judy. La nota —pidió Mamá—. Papá y yo tenemos que leer «toda» la nota.

Judy rebuscó en su bolsillo y sacó la otra mitad toda arrugada. Se la tendió a sus padres.

Papá y Mamá la leyeron. La leyeron dos veces. Tardaron lo menos mil años en leer aquella fracción de nota, aquella media nota.

Y hablaron con Judy. Y hablaron entre ellos. Hablaron con gente por teléfono durante cien años. Y volvieron con un plan.

No el plan de «atiende mejor a lo que te dice tu nueva profesora».

No el plan de «devuelve tu nuevo reloj».

No el plan de «te ayudaremos a hacer los deberes».

Sino un «Superextra especial plan de ayuda». Judy iba a entrar en un «plan de tutoría».

—¡Tutoría! —exclamó Judy—. ¿Es que vosotros no podéis ayudarme?

—Lo estamos haciendo —dijo Mamá.

—Lo estamos haciendo —dijo Papá.

—¿Cuántas son seis por siete? —preguntó Stink.

—Un profesor particular será una ayuda extra —dijo Mamá.

—Un profesor particular será una ayuda adicional —añadió Papá—. Eso es lo que tu profesora aconseja.

—Para vuestra información, os diré —protestó Judy— que la señora Gordon NO es mi profesora.

—¿Cuántas son cinco por once? —insistió Stink.

—Prometo que escucharé —suplicó Judy—. No llevaré al colegio mi reloj nuevo. Prometo que estaré atenta en clase.

—Estarás *a-tonta*, como siempre —se rio Stink.

Judy tenía que demostrar que era buena en matemáticas. Empezó a recitar la tabla de multiplicar:

—Dos por cuatro, ocho. Dos por ocho, dieciséis. Dos por dieciséis, será… no sé cuántos, todavía no hemos dado eso, pero prometo que lo aprenderé.

—Tener un profesor particular te gustará. Ya lo verás —dijo Papá.

—Los profesores particulares tienen tarjetones con números —dijo Stink—. De esos que se usan para que aprendan los pequeños. ¿Cuántas son dos por cinco?

—El número de uñas de los pies que te voy a pintar de rojo mientras duermes. —Stink se sentó encima de sus pies.

Judy miró a Mamá, luego a Papá, después a Mamá, y volvió a la carga:

—¿De verdad tengo que ir a clases particulares?

—Sí, ya está todo arreglado —dijo Mamá—. Empiezas mañana.